

esto segun sus fuerzas y segun su talento. Ahora bien; ¿cuál es el resultado de esos esfuerzos? La felicidad posible, esparcida entre un gran número de individuos.

¿Quién ha hecho más para llevar á cabo esta obra inmensa, las monarquías que se se han sucedido desde hace mil años, desde la feudal de Hugo Capeto hasta la monarquía constitucional de Luis XVI, ó los cinco años de revolucion que acaban de pasar? ¿Quién ha dado iguales derechos á los hombres? ¿Quién les ha dado el pan de la inteligencia por la educacion y el pan corporal con la reparticion de tierras? Nuestra santa revolucion, nuestra amada república.

La Francia es tú elegida ¡Dios mio! tú la has escogido como víctima, puede decirse, y ofrecido al género humano como ejemplo. Pues que su sangre sea derramada, y la mia primero. Que sea el Cristo de las naciones, como Jesús fué el Cristo de los hombres, y que estas tres palabras, *Libertad, Igualdad, Fraternidad*, pronunciadas por él y adoptadas por él, se tornen en el sol luminoso del porvenir.

¡Adios, patria! ¡Adios, patria! ¡Adios, patria! Y ahora, añadió Jacobo Merey cayendo en la barca más bien que bajando, desembarcad donde querais; todo me es indiferente puesto que no es en Francia.

## XXXIX.

## Demasiado tarde.

Los dos hermanos Rivers desembarcaron á Jacobo como á un kilómetro, poco más ó menos, de Treves.

Jacobo les abrazó tiernamente; eran dos brazos de la Francia que le depositaban en suelo extranjero.

Jacobo, de pié, apoyado en el fusil, los miró alejarse tristemente, y despues, al volver el recodo del Mosella, le saludaron con los remos y con el sombrero; la barca desapareció.

Merey se puso el sombrero, saludó con un último adios, echó el fusil al hombro y siguió con la cabeza baja el camino trazado á orillas del Mosella y que conduce á Treves.

El doctor hablaba aleman perfectamente; llevaba suspendidos de su saco de caza algunos pajarillos que los hijos de Rivers le habian dado, de modo que no le hicieron ninguna pregunta.

En las puertas creyeron que era un habitante de la poblacion que volvia de un paseo.

Pero una vez que pasó la puerta, preguntó las señas del burgomaestre.

Quando estuvo en casa del magistrado se nombró; se sabia la catástrofe del 31 de Mayo; sin haber tenido tiempo de hacerse célebre, era sin embargo conocido el nombre de Jacobo Merey. El burgomaestre se inclinó como todo hombre de corazon se inclina ante un proscrito.

En todos los paises del mundo civilizado, y en honor de la huma-

nidad, del progreso y para vergüenza de los gobiernos, la proscripción es venerada.

El burgomaestre, con toda la delicadeza de hombre de buena educación, preguntó á Jacobo si necesitaba esos socorros que los gobiernos extranjeros ponen á disposición de las autoridades para ayudar á los emigrados.

Pero Jacobo declaró que era proscrito, no emigrado: sus bienes no habian sido confiscados, y que además de diez ó doce mil francos que llevaba dejaba en Francia bastantes bienes.

Lo único que deseaba era un pasaporte para Viena.

Solo que, á causa de las circunstancias, tuvo que indicar el camino que deseaba seguir para ir á Viena.

Lo más directo era por Carlsruhe, Stuttgart, Augsburgo, Munich y Viena.

Cuando se encontró fuera de Francia y cuando solo quedaba en el corazón de Merey la sombra de su patria, volvió á posesionarse de él la imagen de Eva; su recuerdo, borrado momentáneamente por los acontecimientos, volvió á ser la aurora de su vida, así como el alba al aparecer por detrás de las montañas deja detrás la sombra árida y descarnada del pasado para alumbrar el porvenir.

Al encontrarse en suelo extranjero, no estampando ya la huella en tierra francesa, sobre la que Danton quiso morir no pudiendo llevarla *en la suela de sus zapatos*, sintió impregnarse su pensamiento en aquel amor y como la sávia bienhechora extenderse por todo su cuerpo.

No habia recibido carta de Eva, pero aquel silencio no le inquietaba; sabia que las cartas las interceptaban.

Pero lo que le alarmaba era que, no sospechando Eva de su doncella, debia estar admirada de su silencio. Sin duda ninguna en las cartas que la jóven escribia le indicaria las señas á donde debia contestar.

¿Cómo no respondia?

¿Creeria la habia olvidado, y creyéndose olvidada?...

No; el corazón de Eva no era un corazón vulgar; sabia el amor inmenso que la profesaba Merey; le habia visto renunciar á todo

por ella, á su ambición política y á la diputación, que despues aceptó por venganza, la cual pensó hacer su arma para defender la república y atacar á sus enemigos, lo que no habia podido llevar á cabo por impedirselo las divisiones intestinas.

Eva pensaria mejor de sí misma y de su amigo, y no se creeria olvidada.

Jacobo habia llevado siempre sobre su corazón la carta de Eva que habia extraido del protocolo del señor de Charelet y que le fué entregada por el ayudante del general Custine.

Sabia de memoria aquella carta.

Pero esto no era suficiente; la palabra era impalpable, y los objetos materiales tienen por la vista y por el tacto un poder de que carece aquella.

Esta carta la sacaba de un secreto de su cartera; la miraba, la tocaba, la besaba. Jacobo, á los treinta años, habia encontrado todas las ilusiones de un jóven por la vida que habia llevado anteriormente; jamás habia tenido sino dos amores; Eva y la ciencia, y el segundo lo consagró al primero.

Además, nada favorece tanto para el desvarío de la imaginación como viajar en carruaje.

El ruido monótono de las ruedas ahoga los demás rumores, y á medida que se adelanta nos aísla con nuestros pensamientos.

Y Jacobo repasaba en su imaginación aquella série de acontecimientos, á la que deberia la dicha de volver á ver á Eva y encontrarla libre.

No; Dios no es un Dios personal que se mezcla en la vida del hombre é influye sobre él; pero ya hemos dicho que Jacobo creia en la influencia y la voluntad del Creador sobre los grandes acontecimientos de las naciones, separándole de los insignificantes de la vida humana, y de este modo, por un hilo invisible que le ligaba con las creencias generales, atribuyendo realmente todo á Dios, pero sin imponer á esa majestad suprema, providencia, naturaleza, la responsabilidad de muerte ó vida.

De manera que, á pesar de todos los beneficios dispensados á Eva y al marqués de Charelet, desarrollando en su hija la inteli-

gencia y la salud, no podía colmar el abismo que le separaba de ella en aquella época de preocupaciones sociales, aunque arrojara sobre él los beneficios hechos. Pero si Jacobo hubiera sido uno de esos católicos egoistas que todo lo refunden en sí, se hacen el centro de todo y creen que Dios está pronto á dejar caer una estrella del firmamento para que enciendan su quinqué, se hubiera dicho:

Francia hizo la revolucion para que el marqués me arrebatase su hija, que sin ser poco delicado no podía ni tomar por querida ni por esposa en secreto; para que la pusiera bajo la guarda de su tia; para que se hiciera matar por servir á sus principios políticos y para que privada Eva, no solo de su padre, sino de su fortuna, pues que se confiscan los bienes del emigrado, dueña de sí misma, encontrase en mí el apoyo y la fortuna que habia perdido.

Y sin pensar precisamente esto mismo, Jacobo reflexionaba en esas extrañas ramificaciones que enlazan la vida del hombre, el que sin ver el árbol recoge los frutos.

Merey no salia de sus reflexiones, que pasaban de lo conocido á lo desconocido y subian de lo material á lo ideal, más que para gritar al postillon:

—¡Más pronto! ¡Más deprisa!

Cuando subió al carruaje, juró Jacobo no bajar de él y andar sin detenerse las ciento sesenta leguas que le separaban de Viena, pero no habia contado con las dificultades que á causa de los acontecimientos políticos encontraba el viajero francés en Alemania.

Para los príncipes alemanes, tan opuestos á nuestras ideas, el francés era un incendiario que podía prender fuego á sus Estados.

En cada frontera, por insignificante que fuera el lugar que ocupaba en el mapa el Principado, era preciso bajar del carruaje y sufrir un interrogatorio justificando la identidad de la persona.

Esto tenia que hacer Jacobo, lo cual le hacia perdiera tres ó cuatro horas por dia en aquellas formalidades.

Verdad es que al llegar á Salzburgo ya nada tuvo que hacer hasta Viena; el camino, pasada la frontera, estaba expedito.

Por último, apremiado con la voz al postillon y á los caballos, llegaron á las puertas de Viena á las cinco de la tarde.

Allí tuvo que sufrir nuevo interrogatorio y nueva revista de papeles; hecho esto le dieron una cédula para permanecer una semana, al cabo de la cual tendria que renovar la cédula y decir el tiempo que pensaba permanecer en la capital de Austria.

Cuando volvió á subir al carruaje le preguntó el postillon que á dónde iba.

Jacobo se decidió á ir derecho al asunto, y contestó:

—Josephplatz, núm. 11.

El postillon entró por una série de callejuelas y desembocó en frente de la estatua del emperador que ha dado su nombre á la plaza.

Jacobo sacó la cabeza por la portezuela, investigando todas las casas á ver cuál podía ser la de Eva.

Una entre todas tenia las puertas, las ventanas y contraventanas cerradas como una tumba.

Vió al postillon con indecible angustia, que degeneraba en terror, dirigirse hácia ella y detenerse á la puerta de aquella casa muda y sombría.

—¿Qué hay? preguntó.

—Que es aquí, caballero.

—¿Aquí el número 11?

—Sí, señor.

Jacobo saltó al suelo, retrocedió un poco para mirar el número, registró su bolsillo, y por la centésima vez leyó el apunte de Danton.

«Josephplatz, núm 11.»

Jacobo cogió como un loco la aldaba y la campanilla, llamando á la vez con las dos. Nadie contestó.

El sonido era sordo é indicaba que todo estaba cerrado dentro y fuera.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! murmuró Jacobo; ¿qué habrá sucedido?

Y cada vez llamaba con más violencia.

Los transeúntes se detenian.

Por último, se oyó un rechinamiento en la casa próxima, una ventana se abrió y una cabeza asomó por ella.

Era la de un hombre de unos sesenta años.

—Dispensad, caballero, dijo en buen francés y con la amabilidad vienesa; ¿por qué os empeñais en llamar en una casa en donde no hay nadie?

—¿Cómo nadie? gritó Merrey.

—Nadie, caballero, por lo ménos desde hace ocho dias.

—¿No estaba habitada esta casa por dos señoras?

—Sí, señor.

—¿Dos señoras francesas?

—Sí.

—¿Una anciana y una jóven?

—Eso es; una anciana y una jóven, eso es, segun creo, porque yo no salgo de mi biblioteca y no me ocupo de los vecinos.

—Dispensad, dispensad si abuso de vuestra bondad, exclamó Jacobo con voz ahogada... ¿Qué les ha sucedido á esas señoras?

—Creo haber oido decir que una de ellas ha muerto, sí, que era católica, porque recuerdo haber oido el canto de los sacerdotes, el que me distrajo de mis investigaciones.

—¿Cuál, caballero? preguntó Jacobo juntando las manos; ¡por amor de Dios, decidme cuál de ellas!

—¿Cómo cuál?

—Sí; cuál murió, si la jóven ó la anciana.

—¡Oh! eso no sé, contestó el anciano.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! murmuró Jacobo.

—Si eso os interesa, voy á preguntárselo á mi mujer; en todo lo que no la importa se mezcla; de modo que... debe saberlo.

—¡Oh! caballero, os suplico se lo preguntéis, dijo Jacobo.

Pocos instantes despues volvió el anciano; Jacobo le aguardaba con ansiedad.

—¡Cuál! ¡Cuál!

—La anciana.

Jacobo tuvo que apoyarse en el carruaje para no caer, y respiró lentamente.

—¿Y la otra? ¿Y la otra? preguntó con voz alterada.

—¿La otra?

—Sí, la otra señora, la jóven; ¿qué ha sido de ella?

—No lo sé; será preciso que le pregunte á mi mujer.

Y el anciano se dispuso á ir en busca de nuevas noticias.

—Caballero, caballero, le gritó Jacobo, ¿no podria hablar yo con vuestra esposa? Me parece seria mejor.

—Efectivamente, contestó el anciano; id hasta la tercera ventana; es la de la habitacion de la señora de Staall. Yo no la permito entrar en mi despacho.

Y desapareció. Jacobo anduvo hasta la ventana tercera.

Durante este diálogo se habia reunido un círculo de curiosos en torno del viajero, y como muchos hablaban el francés, explicaban lo que sucedia á los que no le hablaban.

La ventana se abrió y apareció la señora de Staall.

Era una viejecita coqueta y con el cabello blanco, que envió á su marido para su despacho y se puso con la mayor amabilidad á la disposicion de Jacobo.

Los que conozcan la bondad de los vieneses no se admirarán de estos detalles. Está en las costumbres de ese pueblo, uno de los más serviciales y amables del mundo.

Jacobo no dió lugar á la anciana para que hablase, y la dijo en excelente aleman:

—Señora, tengo el mayor interés en saber lo más pronto lo que le ha sucedido á la más jóven de las dos señoras francesas que habitaban la casa inmediata á la vuestra.

—Caballero, contestó la señora de Staall, puedo satisfaceros perfectamente; la más jóven de las dos señoras, que se llamaba la señorita Eva de Charelet, despues de haber cumplido con sus últimos deberes para con su tia, marchó á Francia con el objeto de buscar al hombre á quien amaba.

—¡Oh! murmuró Jacobo Merrey; ¡por qué no me he quedado con mis amigos para morir con ellos y como ellos!

Y sin fijarse en la multitud que le rodeaba, rompió en sollozos sintiendo que se le desgarraba el corazon.